



AMANDO DE MIGUEL

Espanya, tercer milenio

REALMENTE sólo nos falta un lustro para acometer el tercer milenio. Atravesamos un momento tan crítico en el que no se pueden promover grandes reformas sociales. Todas cuestan dinero. Los españoles nos hemos gastado una gran parte del capital colectivo, del que tendrían que vivir nuestros hijos y nuestros nietos. Así que estos descendientes nuestros nos van a maldecir. Dentro de 25 años todavía estarán pagando los réditos de la inmensa deuda que les vamos a dejar. Para ocultar tamaño disparate generacional lo que tenemos que hacer es inventar acciones políticas que no cuesten dinero. Se puede satisfacer a los contribuyentes con múltiples iniciativas gratuitas, simbólicas, afectivas. Por ejemplo, la de cambiar gentilicios y topónimos.

La televisión deportiva ya ha empezado con lo del *Espanyol* de Barcelona, que así resulta más normalizado. Podríamos eliminar por completo la *eñe* y así se nos facilitaría el manejo del teclado más o menos general. Si los vascos han prescindido de la *ue*, que así los designaron los griegos, ¿por qué los españoles vamos a seguir empeñados con la *eñe*? Si se dice oficialmente *Lleida* o *Gasteiz*, no sé por qué no vamos a concluir con los arreglos. Podríamos rebautizar a *Saragossa* y a *Madrid* o *Magerit*. Barcelona tendría que ser *Laye*, la tribu con la que se encontraron los romanos en los bosques del Tibidabo. Lo malo es que muchos de esos nuevos topónimos dan con la forma arcaica, pero todavía no es la auténtica. Después de todo, *Saragossa* deriva de *César Augusta*, que sigue siendo una imposición de los invasores romanos. Lo mismo sucede con *Gasteiz*, que no es más que la pronunciación vasca de *castellum*, es decir, el castillo que había en la colina que da origen al viejo casco vitoriano. Nos quedamos sin saber cómo llamaron realmente los primitivos vascos a esa colina. Habrá que rebuscar. Igualmente sería del mayor interés rebautizar a San Sebastián de Guipúzcoa. *Donostia* no quita mucho al latín y al santoral. No es más que el apócope de *Don Sebastián*, que



así llamaban los vascos a los santos. O sea, que estamos en las mismas.

Es un inconveniente que casi todos los lugares de la península Ibérica e islas contiguas se designen con nombres romances o musulmanes. Romanos y moros fueron nuestros invasores. Por tanto, reivindicámos el prístino origen. Hay que volver a lo ibérico, aunque a saber si los iberos no serían también invasores. ¿No acabarían los guanches con los primeros pobladores de las Canarias? Se podría abrir un concurso en cada localidad para encontrarle el nombre más original y primitivo.

Lo mismo pasa con los nombres propios. Nada de extraerlos del santoral; qué vulgaridad. Después de todo el santo que llevó el hombre por primera vez no lo copió de otro santo. Las mujeres lo tienen más fácil, puesto que hay muchas Vírgenes cuyo adjetivo es bien natural y pagano: Pilar, Rocío, Almudena, Montserrat. Sería un notable avance que sorteáramos los nombres propios de todos los habitantes de *Spania* para encontrarles la identidad apropiada, original, nada deudora de ningún santo patrón.

Estarían en el sorteo, Asdrúbal, Bregón, Aitor, Indíbil, Viriato y Túbal. Lo funda-

mental de todos estos cambios, como digo, es que no cuestan dinero. A la gente le satisface mucho alterar la grafía de su apellido o de su ciudad natal. Así no se percata de que no va a cambiar mucho su estilo de vida o mejorar su posición social. Vaya lo uno por lo otro.

Ya fue un notable avance la disposición que pasaba a denominar *comunidades autónomas* a las antiguas regiones. Como cada una se denomina así, a los habitantes de cada región les hace la ilusión de que hay otras comunidades que *no* son autónomas. Por lo mismo hay regiones que presumen de tener *lengua propia*, como si las otras fueran impropias. Todavía más, hay regiones que se saben "históricas", para distinguirse de las demás, que serían prehistóricas o ahistóricas. Definitivamente el nombre hace a la cosa. Estamos ante la revolución onomástica. Cambiemos las etiquetas, los mapas, los letreros, las partidas de bautismo. Renunciemos al imperialismo del castellano, del latín, del árabe. Rebusquemos en las ruinas de la catedral de Burgos el menhir original que yace bajo el ábside principal. Reivindiquemos el pasado tartesio, honremos a los dioses zoomorfos de Altamira, busquemos la huella de los homínidos de Atapuerca. Excitémonos con las noches de plenilunio y con la adoración del toro y del urogallo. Todo lo posterior a los iberos es imposición centralista y artificial. La dama de Elche era una señora griega. Ya puestos a cambiar de nombre propio, de lengua y de nacionalidad, ¿por qué no alterar el sexo? Se puede ya disimular la edad. La cosa es huir de la identidad heredada, la individual y la colectiva. Ya no habrá más España en el tercer milenio. Por lo menos la llamaremos *Espanya* o *Spania* para ser coherentes con las tendencias reseñadas. No será el final del proceso. Hay tribus primitivas que tienen un solo nombre para designar a la especie humana y también al gentilicio de la tribu. He ahí la perfección onomástica. Llegaremos a ello si nos lo proponemos.



SALVADOR JIMÉNEZ

La estética del rastrojo

HOMBRE y escritor de buena raza, en una sola y dorada pieza. Así fue y así vivió, se desvió, queriendo darse a todos con lo mejor que tenía: su amistad generosa y fraterna, su sufrida escritura. Era Ignacio Aldecoa un vasco de alegre corazón y libérrimo espíritu, nacido en Vitoria, crecido en las aulas de Salamanca y Madrid, muerto a la inaceptable edad de cuarenta y cuatro años.

Su nutricia y abundante obra, tanto tiempo ignorada por torpes jurados y editores desatentos, constituye un espléndido retablo de la vida hermozeado por la belleza de su genio literario, día a día tejido con exigente cuidado, desde el silencio y la soledad, al margen de los grandes premios y el ruido oportunista de la llamada vida literaria.

Los que mueren jóvenes suelen tener lo que se dice buena prensa y buenos adjetivos en las elegías. No fue así con Aldecoa en un principio y el silencio ha merodeado en torno a su espléndida creación. Era el mayor del grupo que, con Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaité, Jesús Fernández Santos y su compañera y esposa, Josefina Rodríguez, aportó a la novelística española de postguerra una

conciencia de exigente moral, casi un furor ético. Todos escribían a las mil maravillas y esa galanura del idioma que lucían les permitía abordar, sin consigna ni pericance panfletario, lo que se ha llamado literatura social, lo que con ironía y distancia gustaba el propio Aldecoa llamar la estética del rastrojo.

El escritor tenía, como sucede siempre cuando lo es de veras, la condición esencial y sustantiva de poeta. "Todavía la vida" y "Libro de las algas" son títulos que amparan la frescura de sus primeros poemas. Quien hizo un buen soneto puede levantar la arquitectura de una buena novela. Conocía bien el oficio. Su sólida formación y el conocimiento de todas las técnicas y audacias literarias, el gusto por lo clásico, le permitió llegar a una escritura que deslumbraba por esa sencillez que tan difícil resulta de alcanzar.

Pueden parecer tópicos los asuntos de sus primeras novelas que componen la trilogía inacabada de "La España inmóvil". Son las horas de angustia que se viven en el patio de una casa cuartel de la Guardia Civil, esperando las mujeres noticia de la muerte de sus maridos; la vida y aventura de los gitanos; el mundo de los tore-

ros, es decir unos retales de marginadas existencias, con todo el drama y la miseria de la condición humana que el escritor trasciende a obra de arte que en la novela se llaman "El fulgor y la sangre", "Con el viento solano" y "Los pozos", que se quedó sin terminar.

Jornaleros, ferroviarios, segadores, marineros, pescadores, boxeadores, camioneros, peones de mucha brega, son los anónimos y marginados personajes que van dejando "un olor de herramientas y de manos" a través de las páginas miniadas con solicitud y delicadeza por Aldecoa. Hacia ellos se inclina la sensibilidad del escritor, su rabia y su ternura, para desvelar, emocionadamente, todo el drama y la indigencia de unas vidas monótonas y tristes que el novelista exalta como épica de los grandes y pequeños oficios, lo que constituye una puesta en escena de la estética del rastrojo.

Una insistente perseverancia en el difícil capítulo de la narración breve, con cuentos ejemplares, verdaderos modelos en el género que debían ser de obligatoria lectura en los institutos, le ayudó a afinar el vigor de su estilo y, sin quererlo ni pretenderlo, conquistar una definitiva maestría en

la edificación literaria.

No ha habido, desde Clarín, quien en el cuento llegue a mayores alcances, a más felices resultados. Todos cuantos gusten del placer de la lectura, del gusto por la creación literaria, se encontrarán deslumbrados, complacidos, satisfechos, si se animan a leer las formidables narraciones que alientan en "El corazón y otros frutos amargos", "Santa Olaja de acero" o "Caballo de pica" donde abunda el talento, la gracia, el desenfadado y la emoción que tan sabiamente derrochaba Aldecoa, quien creía y confesaba que ser escrito es, antes que nada, una actitud ante el mundo, una toma de conciencia de la realidad que se vive.

Ahora, cuando se han cumplido veinticinco años de la muerte del escritor, su devotísima amiga Carmen Martín Gaité ha congregado en Madrid a muchas y espabiladas gentes para escuchar las cuatro conferencias que ha dedicado a estudiar y elucidar la obra de Aldecoa, a decir unas conmovedoras palabras sobre aquel chico simpático y revoltoso que se llamaba Ignacio y que tan bellamente supo traducir en rezumante escritura los significados humanísimos, temblorosos, de muchas gentes que

pasan por la vida, a duras penas, comiéndose el pan de la pobreza.

Cuando murió Ignacio Aldecoa el bar de enfrente de su casa cerró sus puertas en señal de luto y se quedó su hija Susana toda la noche abrazada a una muñeca. Haciendo de tripas corazón, Manolo Alcántara y yo, sin saber bien lo que nos pasaba ni cómo decirlo, encendimos con nuestra palabra dos candelas, deliberadamente tenues, a la memoria del amigo muerto en la tertulia literaria hispanoamericana que presidía un superretristecido Rafael Montesinos.

Ahora, gracias a la palabra viva de Carmen Martín Gaité se recupera su memoria, se rompe un largo tiempo de silencio y se resucita la valía de un escritor luminoso. "Seguir de pobres" se titulaba un cuento suyo que mereció el modesto premio "Juventud" a la vez que yo ganaba el de poesía con el poema "La casa". Muchos caminos hicimos juntos y muchas cosas compartimos. Para mejor recordarle me pongo a releerle, con gustosa delectación, a coincidir con muchos otros lectores suyos con el certero juicio de Miguel García Posada cuando dice que Ignacio Aldecoa es el máximo cuentista español contemporáneo.

Salvador Jiménez es escritor.